

EL PARTO DE LOS MONTES.



LOLILLA y Felipito, hijos ambos de unos honrados pero pobres *campiranos*, que así llaman en esta mi tierra á los campesinos, con la mismísima autoridad que los denomina *paisanos* mi prójimo aunque no paisano el traductor de los *Misterios* de Paris; Lolilla y Felipito, de quienes por consecuencia infalible del rodeo que se me autojó en mala hora hacer me he separado algunas leguas, es decir algunos renglones, se juntaban donde quiera que casual ó intencionalmente se encontraban, y brazo sobre brazo, parloteaban y se divertían amigable é inocentemente, pues conviene saber que él no le llevaría á ella arriba de dos navidades ni ella tendría mucho mas de nueve años cumplidos.

No eran hermanos los dos chicos de cuyos nombres acabo de imponer al lector; sino por lo que tenían uno y otro, lo mismo que todos los racionales, de nuestros primeros comunes padres, aquellas únicas criaturas humanas que han tenido la suerte, disfrutando de *un todo seguido*, es decir de una serie no interrumpida de bienes, de *condensar* ó reunir en sí todas las bendiciones del cielo.

Bien que no fueran hermanos consanguíneos, *simpatizaban* admirablemente. Y no tuerza la boca la preciosa lectora al tropezar aquí con la voz *simpatizar*, pues aunque es un galicismo patente, mas de cuatro iberos y mas de ocho compatriotas

mios, luminosas antorchas de la literatura moderna, han convenido por unanimidad en admitirla en el seno de la lengua castellana, dándole, por virtud del principio del "uso constante," su competente y legítima carta de naturaleza, con agravio del pobre *CONFRONTAR*, que por ser demasiado castizo no merece ya estar en servicio, hoy que tanta necesidad tenemos todos los escritores, de voces nuevecitas y retumbantes.

Satisfechos y gozosos caminaban un día mano á mano los venturosos muchachos, por un llano, llano del villorrio en que vivían, cuando alcanzaron á ver á pocos pasos de ellos un burro hermoso y lozano que mataba el tiempo paciéndose la escasa y corta yerba que tapizaba la tierra.

—Mira, Pito, dijo la muchachuela bailándole los ojos; mira al orejudo aquel que está allí, tan quitado de la pena como nosotros.

—¡Y sí! contestó Felipito mirando atentamente al burro y parándose de pronto.

Luego, después de un rato de reflexión, con el dedo índice puesto en mitad de la ancha frente:

—¡Vámoslo montando, Lilla! agregó.

Ni sí ni no dijo Lolilla, pero siguiendo al pié de la letra el ejemplo de Felipito, echó á correr tras él y corriendo ambos á alcanzar al burro que muy ajeno estaba de la desgracia que se le esperaba con los tra-

viesos rapazuelos, no se movió de su sitio, ni siquiera volvió su grave rostro á ver qué era lo que turbaba su por tantos títulos sabrosa soledad.

No fué sin una regular dosis de recelo y sin haberlo pensado un rato, que Felipito se resolvió á poner en ejecucion su atrevido intento. Trepóse pues en el paciente cuadrúpedo, mas viendo luego que Lolilla como mujer y menor que era no podia montarse por sí sola, brincó él de su cabalgadura al suelo, aupó á su compañera, volvió á encaramarse como la vez primera, y ya acomodados ambos y perdido el miedo, comenzó Felipito á estimular al burro á interrumpir su *quietismo*, con el auxilio de un palo.

Mal de su grado y con harto dolor de su corazon, el burro echó á andar, y como los golpes redoblaran é hicieran en su sensibilidad un efecto que no fuera de cegar á puerta ajena, tomó á correr y correr en medio de los vigorosos latigazos, las estrepitosas risotadas, los *atronantes* gritos y los retumbantes chillidos de la traviesa pareja.

No fué mucho lo que corrió el animal, antes que por dicha suya y desgracia de los muchachos, tropezando con un montecillo diera un traspié y pusiera á Lolilla y Felipito tendidos á lo largo por el suelo. Grande fué el susto de ellos al sentirse desmontados tan repentina y extrañamente; pero mucho se alegraron cuando reconociéndose vieron que no era cosa la lesion que recibido habian, pues aun la mas escrupulosa inspeccion de su cuerpo no hubiera descubierto nada mas que tal cual rasguño y uno que otro *moreton* como dicen los que no entienden de cardenales.

Y pasando rápidamente de un afecto á otro como con tanta frecuencia sucede en el mundo á niños y á viejos, habrian los muchachos dado rienda suelta á la risa que comenzaba á retozarles á no adver-

tir uno de ellos, al levantar del suelo una de sus manos, revueltos con la tierra del cerrito unas cuantas hebras de pelo de cabeza al parecer humana.

—¡Caramba! exclamó Felipito al encontrarse con aquella planta tan espantosamente exótica entre sus dedos y mirándola con tal terror que los ojos parecian querer saltarse de sus órbitas y los labios no tenian color y la cara, requemada del sol, estaba cenizosa.

Lolilla, á la exclamacion de su compañero, volvió la cara á ver lo que la causaba y al reparar las parteras cuanto espantables hebras, quedóse con la boca abierta y tapados los ojos con ambas manos sin poder articular una palabra.

De suerte y manera que los pobres chicos, á la hora que se contemplaban mas dichosos, así por el placer de andar en burro que habian disfrutado como por el gusto de haber librado bien de la caída, vinieron á encontrarse muy conturbados y affigidos.

Aquí entra perfectamente bien una lección de reflexiones morales sobre lo efímero de los gustos de la vida desde que á Eva, nuestra amable y coqueta madre se le puso en la cabeza probar qué sabor tenia un vedado fruto; mas para moralizar se necesitan disposiciones naturales de que me confieso yo totalmente destituido: aun cuando me fuera posible poner la cara adusta ó *brusca* como se estila decir hoy y amontonar en mi cabeza un puñado de ideas tristes, nunca podria yo vencer la repugnancia que tengo y siempre he tenido á todo asunto tétrico.

Pasada la primera impresion, recobrados del pavor que los habia tenido largo trecho pasmados, (¡qué no diera yo por haber puesto *galvanizados!*) los rapazuelos dando las espaldas al funesto sitio, se pusieron en marcha, taciturnos y cabizbajos,

para su casa. Felipito, á fuer de cumplido galan ó de fino amigo mas bien, acompañó á Lolilla hasta la *mera* puerta de su hogar, restituyéndose él al suyo propio *en seguida*.

Cada uno por su lado, ambos muchachos contaron lo que habia pasado, todo punto por punto, menos lo que al burro concernia, pues de este no se echó una palabra. En breve se supo en todo el lugar el extraño suceso, y tanto se ponderó y divulgó el caso, que la justicia hubo de creerse al fin precisada á *interiorizarse* en él.

Por primera providencia, llamósse á los padres de Lolilla y Felipito á declarar bajo juramento, practicándose otro tanto con cuantos vecinos hablaban del suceso, los cuales componian sobre poco mas ó menos toda la poblacion.

Ahora, ¿qué creen ustedes, amables lectoras mias, que se sacó en limpio de lo mucho charlado, de lo mucho declarado, de lo mucho escrito, de lo mucho congeturado?

¡Asómbrense ustedes!

En el cerrillo consabido se encontró un cadáver.

¡Pero era el cadáver de un mono!

Comprobado quedó debidamente que por tal tiempo se habia dado allí animal sepultura á un real y verdadero mono.

—Y ¿en qué pararon Lolilla y Felipito? me pregunta en este momento mi hijo, que á mis espaldas ha estado leyendo lo que va escrito.

—No lo sé por cierto, ni tampoco me he propuesto decirlo.

Mi hijo meneaba la cabeza y torcía la boca, en señal de que no le satisfacía la respuesta.

—Y ¿qué título tiene eso?

¡Voto á!.... ¡Aquí finca la dificultad!

¡Título!.... Un título en la *actualidad del día de hoy*, por estos tiempos en que el título suele ser lo único que habla en un escrito literario, es cosa tan difícil como hallar para mi patria un ministro de mediana inteligencia, un congreso laborioso y entendido....

Mientras yo, reclinado contra la mesa, apoyado sobre la mesa el codo y cargada la cabeza sobre la palma de la mano, digo para mí lo que me sugiere el aprieto en que el título me pone, mi hijo me está mirando á la cara sin pestañear, como esperando ver en ella *diafanizado* (¡linda voz esta!) mi *intitulatorio* pensamiento.

—Pues.... prorumpo al fin,

EL PARTO DE LOS MONTES

es el nombre con que yo, narrador fiel de un suceso verídico bautizo esta historia.

—Pero ¿cómo *lo* manda usted imprimir, con el título ahí al último?

—Allá se las avenga el formador.

EUSEMIO ROMERO.

LA VIDA SIN AMOR.

Vense con frecuencia hombres que piensan que toda manifestacion de afecto es una debilidad. Estos al regresar de un viaje saludan á su familia con una gravedad cómica y se pasean entre sus hijos con la sequedad y entono propios de gentes de hielo. No hay nada mas triste en el mundo que esas familias sin alma. Valia mas que un padre cegara á su hijo que no que apartara de él su corazón. ¿Quién que ha gustado las delicias de la amistad y sabe apreciar la simpatía y el amor no querria mejor perder cuanto hay de hermoso en la naturaleza antes que verse privado de los ocultos tesoros de su corazón? No os desprendais pues de los afectos de vuestro corazón. Gozaos siempre en las delicias que proporciona el amor filial, paternal y fraternal.